

Letras Hispanas

Volume 13, 2017

TITLE: *Muerte de utopía: historia, antihistoria e insularidad en la novela latinoamericana*

AUTHOR: Carolyn Wolfenzon

PUBLISHER: Instituto de Estudios Peruanos

YEAR: 2016

AUTHOR OF THE REVIEW: Stephanie N. Saunders, Capital University

En su monografía Carolyn Wolfenzon elabora el concepto de la insularidad como una condición humana que se manifiesta en representaciones históricas latinoamericanas, como por ejemplo en el género de la novela, el cual formará la base de este estudio. Según la crítica literaria, dicho aislamiento

implica consecuencia en el tiempo y el espacio y en la forma de ambos: la irrupción del anacronismo, la sustitución del hecho histórico por especulaciones e imaginaciones contrafácticas y, muchas veces, la destrucción de los relatos históricos conocidos y su reconstrucción en formas nuevas, alternas, paralelas y contradictorias. (13)

Este extenso estudio provee un paradigma innovador para reconsiderar ciertas novelas modélicas de reflexión histórica. Wolfenzon entrelaza obras de varias regiones y épocas para recorrer el legado histórico de Latinoamérica.

En la introducción de su libro, la estudiosa plantea la cuestión de la insularidad a través de novelas canónicas como la *Odisea* (VIII a.C.), *Don Quijote de la Mancha* (1605) e incluso en las obras anglosajonas de Daniel Defoe, *Las aventuras de Robinson Crusoe* (1719) y Jonathan Swift, *Los viajes de Gulliver* (1726); para esto, se apoya en el trabajo de Simone Pinet que enumera los rasgos asociados a la isla

(cf. 14). Wolfenzon insiste en la intersección entre el concepto metafórico de la isla y el de lo insular clásico que se delimita por lo geográfico y por el aislamiento, para concluir que dicha topografía permite realizar una reflexión sobre la novela histórica latinoamericana que ella define como: “a) su mirada antihistórica de la historia de la región, b) su reescritura antihistórica de esa historia y c) la forma antihistórica que cobran las novelas del género” (17). La autora señala cómo desde la primera novela histórica latinoamericana, *Xicoténcatl*, del año 1826, los rasgos del género emergen de manera distinta a la otros modelos—especialmente los europeos—como los que Georg Lukács utiliza para la base de su obra crítica: *La novela histórica* (cf. 18-22). Entre las características distintivas se incluyen la antihistoria, la historia tangencial, la doble historicidad y el tiempo cíclico. Estas han facilitado no solo una mirada alternativa de la historia, sino también un comentario social del momento actual para los novelistas latinoamericanos.

El libro se divide en cinco capítulos en los cuales los dos primeros examinan una sola novela y los tres siguientes analizan dos. El primer capítulo, enfocado en *Zama* (1956) de Antonio di Benedetto, constituye el estudio más riguroso en cuanto a la distribución del análisis. El escritor argentino desplaza el desenlace de su novela cronológica al Paraguay colonial. Astutamente, Wolfenzon interpreta la

novela “como una ficción sostenida en dos ejes temporales,” no sólo considerando una lectura de la historia planteada sino también una del tratamiento indirecto del periodo peronista (cf. 33). Cuestiona por qué Di Benedetto opta por omitir la ubicación específica de la novela y cambia el nombre del cacique. Esas omisiones permiten que el autor contribuya a un proyecto “doblemente histórico” (cf. 43). El segundo capítulo trata *El mundo alucinante* (1965) de Reinaldo Arenas y presenta la novela como una antítesis de la propuesta de Di Benedetto por la lucha del protagonista transformando el sistema que lo condena en vez de solo conformarse (cf. 99). Para la autora, el tema de la isla aparece de modo metafórico en la forma del palacio donde el personaje principal se encuentra atrapado (cf. 103). También Wolfenzon clasifica el palacio como un símbolo de doble historicidad por aludir al régimen de Fidel Castro. A la vez, según la autora, la obra también es una novela antihistórica,

no porque ‘tergiverse’ los hechos de la historia narrados por fray Servando Teresa de Mier, sino porque se rehúsa a entender lo histórico—las crisis colectivas y los cambios en la condición de la polis—como relevante y prefiere, en cambio, poner en escena las tensiones y relaciones entre el cuerpo y el tropo. (113)

El tercer capítulo se enfoca en *Duerme* (1994) y *Cielos de la Tierra* (1997) de Carmen Boullosa y establece la importancia de la voz femenina en unirse al diálogo de la identidad mexicana, especialmente en cuanto a figuras míticas femeninas como la Malinche. La crítica literaria clasifica la novela de Boullosa como antihistórica por el tratamiento del siglo XVI, el periodo de consolidación del Partido Revolucionario Institucional y un hipotético futuro como uno mismo (cf. 147). Resalta la

importancia de la herencia, la transmisión de la historia y la circularidad histórica para Boullosa (cf. 155 y 159). El cuarto capítulo incorpora al estudio *El gran señor* (1994) y *Muchas lunas en Machu Picchu* (2007) de Enrique Rosas Paravicino, planteando primeramente la falta de reconocimiento de dichas obras dentro de la literatura nacional peruana (cf. 183). Las dos novelas hilvanan las polémicas de la identidad andina y mestiza y en la segunda novela mencionada “nos indica que, en un sentido radical, la historia andiana es una tragedia cíclica: todo cambia y todo permanece” (188). Para Wolfenzon, el autor peruano destaca la figura del migrante y la idea de cómo esta figura exhibe elementos de la transculturación de una manera incompleta (cf. 198). Finalmente, en el último capítulo, se explora *Daimón* (1978) y *El largo atardecer del caminante* (1992) de Abel Posse, con un tratamiento contrario a lo que divulga el autor (cf. 229). Opina Wolfenzon que Posse, con su elección de conquistadores no tan reconocidos, opta por una revisión y reescritura histórica.

No solo el cuerpo de este monográfico contribuye al debate con una nueva perspectiva al campo de la literatura histórica, sino que Wolfenzon incluye una extensa bibliografía y aportaciones críticas en sus notas adicionales. Además, la incorporación de textos de Guamán Poma, los grabados de Teodoro de Bry, el arte de El Bosco y Pieter Brughel, por ejemplo, extiende aún más la trayectoria de la autora. En esta monografía, Wolfenzon afirma que “lo latinoamericano es ante todo una condición, la periférica y no, como muchas veces se ha afirmado, una identidad” (97). Según la crítica literaria, la novela histórica de Latinoamérica se radica en cuestiones de representaciones y antihistoricidad, las cuales enfatizan las manipulaciones del poder y la necesidad de cuestionar las historias que se heredan.